



LA MALA INOCENCIA

Andy L. Escandón

LA MALA INOCENCIA



Primera edición: enero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Andy L. Escandón

© Ilustración y diseño de título: Daniel Pérez Cabrera

ISBN: 979-13-87909-88-8

ISBN digital: 979-13-87909-89-5

Depósito legal: M-27925-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1

¡Diego! ¡Diego! ¿Qué has hecho, Diego? ¿Qué hizo Dieguito?

La madre. Grita la madre. Se desconsuela la madre. Nadie intenta consolar a la madre porque esa madre no tiene consuelo, ni ahora ni nunca. Desde Santiago de Cuba —ciudad ubicada en el oriente del país— vino la madre. Vino la madre a La Habana —ciudad ubicada en el occidente del país— vino la madre. Vino la madre a ver a su hijo. A su hijo vino a ver la madre. Novecientos sesenta y nueve kilómetros. Parecen pocos si los ponemos sobre la geografía de cualquier país con un sistema de transporte mínimamente más desarrollado que el nuestro, pero en Cuba hay que morir con la situación del transporte, con su mala logística, con su escasez; y créame: se muere.

La madre, ese mismo día, pidió un permiso en el trabajo para ir hasta La Habana —novecientos sesenta y nueve kilómetros— porque su hijo tuvo un problema en su centro docente, la Universidad de las Artes, y ella, por muy crecido que estuviera su hijo, seguía siendo madre. Salió directamente del trabajo para la Terminal Nacional de Ómnibus, donde no había ómnibus alguno que saliera para La Habana —ni para ningún lado, porque la economía del país está en el piso y se está atravesando una situación «coyuntural» que el pueblo debe entender que pasará, como mismo está pasando desde los años noventa—, pero en dicha estación, en su parte trasera, de pleno dominio público, están los camiones particulares que tiran pasaje «pa'labana». Había un camión a punto de salir y la madre entró como loca buscando un asiento. El camión estaba lleno. La madre le dijo al machacante que ella podría ir de pie, que

no le importaba estar las dieciséis horas que dura el trayecto parada porque su hijo, que estudiaba en La Habana, tuvo un problema grave y ella necesita ir a ver a su hijo urgentemente. El machacante, que antes mostraba su sonrisa de dientes plateados a base de amalgama para empastes, ahora se condolía de la madre, que prácticamente sollozaba e imploraba que le dejaran un asiento, porque no puede ir de pie, señora, si nos para la poli qué le decimos, a la poli no le va a importar que el caso de su hijo sea algo urgente, nos va a partir en dos con sendas multas, a mí y al chófer, y al final los afectados vamos a ser tres: su hijo, el chófer y yo. Espere otro camión. Están saliendo más o menos cada cinco horas. ¡Cinco horas! La madre no puede esperar cinco horas. Porque cinco horas más dieciséis horas son veintiuna horas, más el tiempo que tarda en llegar hasta la universidad desde la terminal, que allá en La Habana el transporte está igual de malo, seguro que me meto tres horas, eso harían veinticuatro horas. Yo no puedo esperar veinticuatro horas para ver a mi hijo. Yo necesito ver a mi hijo ya. Señora, necesito que se baje del camión para poder arrancar. Yo necesito ver a mi hijo.

Un guajiro que no paraba de mirar a la madre de una manera... No era pena, porque la madre daba pena, sí, pero el guajiro la estaba mirando de otra manera. Lo que pasa es que la madre se mantenía bien. Era de clase baja, pero tenía la piel como si frecuentara la alta; era linda, cuidaba sus maneras, y aunque estuviera como una desquiciada en ese momento, se notaba que no pertenecía a esa clase de gente, tan normalizada en Cuba, que arman escándalos por cualquier cosa. El guajiro, que la miraba... de otra forma, se puso en la cabeza el sombrero de guano que desde que se sentó había instalado entre sus piernas, agarró un macuto polvoriento que tenía bajo el asiento, se paró frente a la madre, miró al resto como esperando quién sabe qué y le dijo a la madre: Quédese con mi asiento. Solo necesito que me dé unos cincuenta pesos para comerme un pan con croqueta mientras espero el próximo camión. Pero, dijo la madre, el pan con croqueta cuesta cinco pesos. Lo

dijo. Lo dijo y según lo decía, en milésimas de segundos, se iba arrepintiendo. Se nota que no está acostumbrada a este tipo de cosas. Se nota que la madre es decente. Siempre ha sido decente. Le encanta la decencia, la formalidad; no le gusta la gente vulgar. Pobre pero digna. En ese momento, no. Hay que ser viva. Perdone usted, aquí tiene los cincuenta pesos. Cómprese un buen pan con croqueta. Gracias.

Se sentó donde antes estaba el guajiro, en aquel camión muy grande con licencia para el transporte de pasajeros —pero que antes había tenido licencia para el transporte de ganado vacuno—, con unos asientos sumamente incómodos —pertenecientes a las guaguas Girón, aquellos buses creados por la revolución a partir de motores soviéticos— para realizar un viaje ininterrumpido de dieciséis horas. Pagó doscientos cincuenta pesos cubanos por el pasaje, más de la mitad de su sueldo. Se acomodó en el asiento de plástico y metal lo mejor que pudo, consciente de que dentro de veinticuatro horas tendría una crisis aguda de lumbalgia. No entabló conversación con ninguna persona durante el trayecto. Apartó la vista hacia un pequeño orificio que quedaba entre sus pies y recapituló todo el griterío que había armado por tal de salir inmediatamente para La Habana. En otra situación hubiera sentido vergüenza, pero es su hijo. No hay nada de qué avergonzarse.

El camión iba a una velocidad intimidante, digna de cada una de las plegarias de cada uno de los pasajeros que, egoístamente, pedían por cada una de sus vidas en cada una de las curvas. Dios mío, que este camión llegue a La Habana. Dios mío, que no tengamos ningún accidente. Dios mío, si algún accidente aconteciera, déjame vivo e ileso. Dios mío, si ha de salvarse el resto también, que se salven si es tu voluntad; en caso contrario, yo sentiré mucha pena por el susto, por la sangre, por los huesos, pero miraré al cielo con los ojos agudados y te agradeceré que estoy vivo. Demasiados accidentes, Dios mío. Estos camiones tienen esa fama. Corren mucho de madrugada, ¡con lo oscura que está la carretera! Pero yo confío. Yo sé que llegaré.

La capacidad del camión es de ochenta y ocho pasajeros. Hay

un conductor temerario y ochenta y siete plegarias con miedo de estrellarse moviéndose en la carretera de Santiago de Cuba a La Habana. Eso suma ochenta y siete pasajeros. ¿Qué pasa con la última que subió? ¿Qué pasa con la madre? ¿Por qué tiene esa cara? ¿No reza? ¿No se inmuta? Esa señora, la madre, la que llegó de improviso, casi cuando partíamos; la que le rogó al campesino mal vestido que le cediera su asiento, que ella le dejaba unos cincuenta pesos para que comiera algo en la estación a la espera del próximo camión. Señora, que ya es muy tarde. Que el próximo camión no sale hasta mañana. Pero ella empezó a hablar como si llorara, aunque no le vimos ninguna lágrima. Le dijo que tenía que llegar de manera urgente. Algo... Algo pasó con su hijo. Nunca dijo qué. Algo malo debe ser, pero no tan malo como para lograr sacar las lágrimas. Y aquel guajiro andrajoso, sucio, *chamusqueao*, que jamás en su vida mujer tan linda le pidió algo, se apretó el sombrero de guano entre las sienes antes de pararse —como *pa* enderezarse el pensamiento—. Dudó. Yo sé que dudó. Miró hacia el resto para que le dijese qué hacer. No hubo respuesta. El resto solo quería irse. Se agradece la película, pero ya. Esta proyección no lleva cinefórum. El chofer estaba esperando. El chofer *etá eperando*, gritaron los dientes plateados del machacante. Decide qué vas a *hacel polque* el camión ya arrancó, y si el camión arrancó *e' petróleo* que se *tá gatando*. Y el guajiro recogió su mochilona vieja llena de viandas, se la echó al hombro y se alejó de la estación para no sentirse más ridículo. ¿La señora en qué pensará? La señora, la madre... Esa madre, después de tanto espectáculo y tanto llantén, después de luchar su bendecido asiento para La Habana, ¿qué tendrá en la cabeza? Esa cara. Esa mirada que a veces parece de loca y otras veces no. Parece como si temiera llegar.

2

La madre, por teléfono, le había propuesto al hijo ir a la universidad —que quedaba a novecientos sesenta y nueve kilómetros— para, personalmente, hablar con el rector e intentar resolver aquella cuestión por la cual lo quieren expulsar definitivamente del centro. La madre, por supuesto, iba a ir de todas formas, lo quisiera el niño o no. Pero Diego, Dieguito, le dijo que sí, que fuera lo antes posible. Mami siempre lo arregla todo.

Hay que entender a la madre. Su único hijo —que no es brillante, pero está bastante bien educado—, luego de dos años estudiando psicología —una carrera en la que sacaba muy buenas notas y, aparentemente, se le daría bien alcanzada la profesión—, decidió hacer las pruebas de aptitud para entrar en la Universidad de las Artes como escritor de teatro. En realidad, él siempre había escrito alguna que otra bobería, pero... ¿escribir teatro? El padre de la madre, el abuelo del niño, le propuso terminar la carrera de psicología, y ya con un título en la mano, bien colgadito en la pared para orgullo de la familia, ya siendo un hombre hecho y derecho, con una carrera de verdad, entonces iniciar cualquier otra... cosa que le apetezca al nené. Pero el joven, con tan solo veintiún años, respondió: es hoy y ahora, no puedo esperar porque se me va la vida. Si es lo que su hijo quiere, ella lo apoya. Él ha madurado. Él sabe lo que hace. ¡Dieguito ya es todo un hombre!

Pues por momentos parece como si le hubieran cambiado a su hijo. Sus notas ya no son ni medianamente buenas al final del semestre. ¿Será que esto de la escritura no es lo suyo? En el segundo

año casi lo expulsan de la facultad por falta de vocación. ¡Sí! Mucho talento, pero falta de vocación. Tuvo que hacer una prueba de aptitud —¿otra?— para demostrar que podía seguir estudiando en tan prestigioso centro. Lo aprobaron por los pelos. A partir de ahí se pensó que mejoraría. Pero ahora esto. Lo quieren expulsar otra vez. Y el niño dice que no. Que es un malentendido. Que es una equivocación. ¿En qué se ha convertido el niño?

El niño. El niño tiene veinticinco años. Estudia dramaturgia en la facultad de Arte Teatral. Está acusado por el comité corrector de espiar con una cámara oculta a otra estudiante en la residencia estudiantil. La posible sanción es la expulsión definitiva, con la consecuente imposibilidad de entrar en otro centro universitario antes de pasados dos años. El niño —que sabe que ya no es un niño— es consciente de que no ha parado de cagarla desde que entró a esa universidad. Sabe que se deslumbró con todas las fiestas y todas las mentes artísticamente artísticas. *La vie bohème*. La farándula del artistaje. Los creativos de la existencia. Los que sienten de verdad. Los que fuman de verdad. Los que se emborrachan desde la cultura y hasta el vómito es poético, y es poético porque somos artistas, artísticamente hablando.

Sabía que no podía cagarla, porque es hijo único e iba a ser muy grande la decepción. Sabe que a veces se le ha olvidado que es hijo único, que es hijo. A veces se le ha olvidado todo. Son esas las veces que más la ha cagado. Y recuerda el susto. Recuerda que casi lo expulsan por falta de vocación. Mucho talento, pero poca vocación. Pero él ha estado estudiando más desde ese momento. A partir de aquel susto, el niño entendió que él vino a estudiar. Que las fiestas están muy bien, sí, pero después de haber estudiado los temarios de clase. El niño entendió que había que leer antes de vomitar. Solo que... solo que... El niño necesita que venga mamá, porque mamá siempre ha resuelto todo en su vida. Y él no sabe el cómo, no tiene idea, pero mamá tiene algo, más allá de su belleza y su delicadeza. Mamá tiene algo que ha hecho de la vida del niño un caminito sin más obstáculos que aquellos que el niño pueda saltar fácilmente.

Además, fue la madre quien tuvo la idea de ir a hablar con el rector. El niño solo accedió. No lo pidió. Lo pensó, lo suplicó con el llanto estrangulándole las cuerdas vocales, mas no lo dijo abiertamente. Solo accedió. Accedió porque necesitaba que, por arte de magia, por esa magia que tiene su madre, desaparezcán todas las acusaciones que tienen en su contra. ¡Porque esa es otra!, el comité corrector ha iniciado una investigación exhaustiva sobre el estudiante, dada la gravedad del asunto en cuestión y la cantidad de opiniones, recuentos e historias desfavorables al susodicho, le han hecho cuestionarse por qué tenemos un alumno así en esta institución tan prestigiosa. Por eso el niño, que sabe que no es niño, ruega porque la varita mágica de mamá se mueva y el *daba daba dií* maravilloso cumpla su función. Mamá siempre lo ha salvado, ¿por qué no iba a poder esta vez?

Voy a recibirla a la puerta de entrada. La encuentro conversando con el guarda dentro de la garita. Se alegra de verme, aunque su cara de preocupación me transmite todo el dolor que está sintiendo. Nos alejamos. Miro de reojo cómo el guarda se le queda mirando. ¿Qué respeto puedo exigir desde mi posición? Es mejor tomármelo como un halago. Mi madre es bella. Se merece tantas cosas lindas, dignas de ella. La pobre, se tiene que conformar conmigo. Quizás ese ha sido siempre el problema.

Me pide que le jure que todo aquello es un malentendido, que yo digo la verdad. Lo hago. Le cuento el orden de los hechos que había establecido como mi defensa, con todos los detalles que no quise explicarle por teléfono con tal de que no pagara más de lo habitual. Bastante alta venía la cuenta mensual del teléfono a causa de las llamadas dominicales para tener noticias del niño. Vamos hasta la rectoría. La secretaria le dice a mi madre que el rector no puede atenderla sin cita previa. Es un hombre muy ocupado. Es el rector de la Universidad de las Artes en Cuba. Mi madre saca su varita, dice algún encantamiento y su entrada al despacho del rector no se hace esperar. Buen presagio, pienso.

Espero en el pasillo. Al menos una hora. Hay varios departamentos a mi alrededor. Puertas abiertas que supuestamente no tienen nada que esconder. Altos cargos, estudiantes, trabajadores; pasan de un lado a otro, a veces más de una vez. Siento cómo me miran. Seguro que saben quién soy. Hay más de setecientos estudiantes en esta institución; imposible conocerlos a todos, pero se-

guro saben quién soy. Ese muchacho. El del video. El de la cámara. El que espío. El que está suspendido temporalmente. Quizás los lleven a juicio. ¿Los lleven? Son dos. Él y una chica. ¿La chica del video? No. Esa fue quién lo denunció. Otra chica. Pues solo está él ahí sentado. Quizás adentro está la otra chica. No. Pasó con una mujer de la mano. ¿De la mano? Sí. Parecía su madre. ¿Su madre? ¿Para qué? Murmullos. Solo murmullos. Murmullos y mi cabeza.

Cuando mi madre sale, despidiéndose muy educadamente del rector y de la secretaria, me indica que nos vamos, con cariño. Durante un largo trayecto no menciona palabra. Está en medio de la digestión de algo, pero no me dice qué. Me empiezo a asustar. Por momentos parece como si fuera a empezar a hablar. La mueca inconsciente de la boca me da pistas, pero más allá de su garganta no se desprende sonido alguno. En cuanto doblamos la esquina, ya imposibles de ver por el guarda apostado en la puerta principal, — el cual se despidió de ella como si se le fuera el amor de su vida—, rompe a llorar.

Yo llevaba dos semanas en ascuas. Sin salir del cuarto de la residencia, sin hablar más de lo necesario con nadie. Durante ese tiempo me mantuvieron al margen de las pruebas en mi contra, de todos los resultados de las investigaciones, de los posibles veredictos. De vez en cuando, algún chisme de cómo iba el proceso atravesaba la puerta. Fulano escuchó decir a Mengana que oyó contar a Sultano que la cosa es grave. Nada más. Mi madre me vino a actualizar. Me cuenta todo lo que le ha dicho el rector, con un llanto tan abundante que por momentos la atraganta. Yo me empiezo a desdibujar. En este instante siento más lástima por ella que por mí. ¿Qué había hecho mal esa pobre mujer para merecer un hijo como yo? Ella, que me lo había dado todo, que me había criado prácticamente sola, que se había pasado la vida luchando para que no me faltara nada a pesar de las carencias, hasta el punto de anteponer mi felicidad antes que la suya propia. ¡Pobre madre!, pienso, le salió el hijo pobre. Darlo todo por un hijo para que al final sus acciones sean las propias de aquel que nunca recibió nada.

En algún momento de su llanto, que ya encharcaba los zapatos de los transeúntes a nuestro alrededor, agarré un soplo de valor pueril que estaba a punto de extinguirse y, sin más, le dije que yo era una vergüenza, que se olvidara de que tenía descendencia. Di media vuelta. Desaparecí. No miré hacia atrás. No quise ver cómo se ahogaba. Pobre madre.

¿Por qué yo soy como soy? ¿Por qué soy así? ¿Por qué hice lo que hice, habiendo tenido una educación familiar y un amor de madre incomparables? No entiendo.

En el tiempo que estuve a espera del veredicto final me permitieron quedarme en la residencia estudiantil, bajo pena de expulsión inmediata si cometía la más mínima falta; eso sí, no podía asistir a la docencia hasta nuevo aviso. Nunca regresé a las aulas. Ese tiempo de espera lo utilicé para martirizarme. Con Diana la relación se fue volviendo cada vez más insostenible. Ella decía que yo debía asumir la culpa por ambos públicamente, ya que la idea era mía y ella recién empezaba en la universidad, que no tenía por qué arruinar su futuro de esa forma. Yo me escaqueaba con los más diversos argumentos, basándome en que la acusación era contra ambos porque ambos aparecíamos en el video mofándonos de la chica, que no valdría de nada ese tipo de heroicidad que me pedía. Lo cierto es que tenía tanto miedo de quedarme solo en el panteón de acusados, que no me atreví a asumir toda la culpa, y de cierta forma también pensaba que, al ser ella mujer, tendrían algún tipo de consideración con el caso.

La sentencia fue una expulsión provisional de cuatro años para cada uno. Querían aprobar «la definitiva», pero una de las integrantes del comité, antigua profesora y con un pensamiento un poco más liberal que el resto, aludió que era demasiado castigo el expulsarme definitivamente, como si yo hubiera cometido un asesinato o un crimen, más que una falta.

Me dieron una fecha de salida de la residencia que no tenía más horas que una semana. La mayoría de esos días seguí encerrado en el cuarto. Solo salía a por tabaco, que solía comprarlo en el barrio

que queda justo al lado, y que para colmo siempre estaba lleno de otros estudiantes que me hacían sentir perseguido. A veces les pedía a los amigos que me acompañasen; así, al lado de alguien bueno yo sería visto como menos malo. Ellos me prepararon una especie de despedida: compramos diez cajas de preservativos, cuatro botellas de ron y cinco paquetes de cigarrillos. Llenamos un balde de agua con pintura roja, luego, con esa agua, llenamos los preservativos para construir nuestras balas de cañón. Nos fuimos al descampado de la residencia. Cinco contra cuatro, que este vale por dos. Cada equipo bien armado. Cien metros de distancia por medio. Tres, dos, uno. El grito de guerra. Los condones volaban de un lado a otro. Corríamos como locos, cazándonos, robábamos balas al enemigo, el enemigo robaba las nuestras, nos acercábamos para no errar el tiro, nos costaba apuntar de tanto reír. Éramos niños. Al menos por dos minutos, éramos niños.

Nos emborrachamos y fumamos como si nada hubiera ocurrido, como si mi falta hubiese sido un equívoco. Fue un lindo día.

Horas antes de irme de la residencia, me llamó Fefo, el del servicio militar. Es cierto que nos habíamos mantenido en contacto a través de correos, pero nunca nos llamábamos directamente. Venía intercediendo por mi madre, quien le había rogado a lágrima viva que me hiciera recapacitar para que yo regresara a casa, que no renegara de mi familia ¿De dónde sacan tantas lágrimas las madres? Fefo suele ser un muchacho calmado y dócil. Me estaba hablando como si me acusara de haber cometido un segundo crimen. ¿Qué es eso de decirle a tu madre que ya no tiene hijo? ¿Si no tiene hijo entonces qué tiene? Una madre sin hijo se muere. Tú lo sabes. ¡Se muere! Sinceramente, no tenía ningún lugar a donde ir, y saber que mi madre estaba sufriendo me daba más pena que vergüenza, por lo que decidí regresar a casa, a mi ciudad natal, como perro apaleado que no inspira lástima porque se merece cada golpe que le han dado.

Montado en un camión con asientos de plástico, que en algún momento fueron el placer de los autobuses de los años setenta y

hoy me rompen el culo con cada salto, mi cabeza se descalza entre las yerbas que pisaré al llegar, y se asusta al encontrarse con preguntas indeseadas que han de crujir como hojas secas, alertando a las hormigas de que hay un culpable entre ellas. Charcos pantanosos disfrazados del verdor común, como el de mi madre al pedirme que regrese, sin querer queriéndolo; cavidad arbórea que promete, si no cariño, al menos cobijo. Soy hijo único. No le queda de otra. Habrá que dejarme entrar por temor a dejarme morir. Marabú, mucho marabú; planta que en este país se expande rápido y que resulta impenetrable una vez que se ha apropiado de demasiado territorio. Marabú mi vida social, marabú mi carrera artística —y cualquier otra—, marabú mi vida personal. En Cuba se combate al marabú. Me van a querer cortar. Ya lo han intentado antes con la expulsión, pero lo intentarán otros de nuevo y siento que lo van a lograr. Me quedaré sin pies para pisar la yerba. El marabú también se quema. Yo ya estoy quemado, no sirvo ni para carbón, pero la sociedad me volverá a quemar.

Volver era la proyección física de todo el descalabro que estaba sintiendo por dentro desde que se empezó a joder todo. Solía viajar a Santiago cada cuatro meses. Las primeras vacaciones eran las de Fin de Año, unos diez días; luego a mediados de abril, una semana; y en el verano, que eran dos meses. Siempre que regresaba daba una fecha falsa de llegada. Me pasaba el viaje completo imaginando la cara de sorpresa de mi madre al ver en la puerta a su niño, su hombre, con los maletines llenos de ropa para lavar, un poco más delgado que como había dejado el hogar la última vez, todo sudado y cansado de un viaje de dieciséis horas, y ella abrazándome como si todos los meses que llevábamos sin vernos hubiese estado viajando en un camión incómodo y mal comiendo en alguna taberna pegada a la carretera; entonces, ella lloraba. Mamá siempre lloraba cuando no había previo aviso y llegaba a casa su bebé falto de cuidados.

Este último regreso de La Habana a Santiago estaba más que avisado. Al encontrarme frente a la puerta de la casa recordé todas

las veces que había llegado, todas las sorpresas, todas las horas posteriores a los abrazos y, sobre todo, lo que experimentaba yo al ser el orgullo de mi pequeña familia. Esta vez me daban ganas de pedir perdón por cada nudillo que hizo sonar la puerta, perdón por las futuras molestias del día a día, por decepcionarlos, por interrumpir su cotidianidad con una indecencia impropia de la educación y el amor que me han brindado, perdón por existir.

Mi madre abre la puerta de par en par. Está en bata de casa. Me dice pasa, como quien deja entrar a un mendigo apestoso porque no le queda otro remedio. No lo puedes dejar tirado en la calle. Es tu mendigo apestoso. Tú lo pariste. Mi abuela se levanta del asiento para recibirme, cómo estuvo el viaje, mijo, me pregunta interesada, pero sin ninguna alegría de verme. Mi abuelo ni siquiera está. Yo soy un enfermo que a ellos les tocó cuidar. Me hablan como suelen hablar los padres que tienen hijos con Síndrome de Down, y los aman, pero desde la resignación. ¿Acaso a eso se le puede llamar amor?

La misma rutina de encierro que tuve en el cuarto de la residencia la he adoptado en la casa. No voy a salir. No me siento preparado para afrontar al mundo de amigos y conocidos que me vio crecer, que me vio celebrar la partida hacia La Habana. Cambié de carrera, voy a ser dramaturgo. ¿Qué es un dramaturgo? Son las personas que escriben teatro. Es como hacer guiones, pero para el teatro. Ah, vas a ser artista. Bueno, me gusta lo de escribir y esto era lo que más se parecía. Ya hice las pruebas y me aprobaron. Tuve que hacer dos pruebas, una a nivel local, que se hizo en Granma —tuve que ir hasta Granma, quedarme en casa de un amigo, hacer las dichas pruebas y regresar— y luego, una vez aprobado ahí, tuve que ir a La Habana para hacer unos exámenes parecidos, pero más difíciles, porque eran todos los que aprobaron en las distintas partes del país. Quedé cuarto en el escalafón de los siete que aprobamos. ¡Qué bien! Entonces te vas a la capital. Tu madre debe estar orgullosísima de ti. Qué alegría que me da por ti, por ustedes. Debe estar emocionadísima tu madre. Sí, cuando le conté pegó el grito en el techo. Ahora también debe estar pegando el grito, junto con la almohada, en el techo. Ella no me lo dice —ni lo dirá—, pero también debe estar pensando en lo que dirá la gente al verme aquí fuera de etapa de vacaciones. No voy a salir. Prefiero hundirme en mi mierda.

No tengo cabeza para leer, ver películas o jugar en el ordenador. De vez en cuando, alguna porno que le quita diez minutos al día, más por inercia física que por deseo real. Mucho tiempo para

recordar. La nada. Mucho tiempo para pensar. Más de la nada. La cama contra la pared y la ventana. La pared de un blanco desprovisto de sí mismo, casi amarillo tenue, del no uso, de la ausencia. La pintura por momentos descascarada. Mi nombre en la pared, en un tenue azul que intenta ser cubierto, de aquel día que mami y yo pintamos todo el salón de azul y, con el poquito de pintura que sobró, decidimos poner mi nombre en la pared. Qué risas. Ella no quería. Le parecía horrible. Al final yo me ponía con aquello de que el cuarto es mío y viva la democracia. Los libros, organizados, pero en el suelo. La puerta con dibujos y posters. Mi adolescencia intocable.

El cuarto limpio, eso sí. Siempre lo tenían limpio en caso de que viniera por sorpresa o se quedara alguno de mis amigos de mi antigua universidad, donde estudié psicología. Qué asco todo. Todo. Todo tan pulcro, y luego yo.

Por la rendija de la ventana veo a la antigua pandilla de amigos. Como siempre: todos sentados en la baranda del muro, frente al edificio, hablando las mismas tonterías desde que tenemos seis años. Parecía que estábamos creciendo con los años, pero no. Hablábamos siempre las mismas estupideces, solo que añadíamos otras mierdas según la etapa de vida. Pero al final es la rutina menos desagradable. La mejor forma de perderte tu propia vida si vives en una ciudad que no es la capital, donde nunca pasa nada y, cuando pasa algo, no tienes dinero para ir a verlo; donde se jactan de cultura pero no la hay: Santiago de Cuba, cuna del Son. Miren cómo bailan. Son los extranjeros. Buenísimos bailando al son. ¡También hay cubanos! Claro que sí. Están intentando ligar con los extranjeros. La vida está dura y hay que buscársela. ¿Y si no? Gradúate de cualquier carrera y, cuando termines tu jornada laboral, siéntate en los bajos de tu casa a hablar de lo mismo con los mismos. Yo iba a ser la diferencia. Yo era el chico que se ganó la beca en La Habana. El único en mi edificio, el único en el barrio, el segundo en mi ciudad. Yo era el futuro. ¡Qué asco!

Fefo me interrumpe alguna que otra tarde. Las conversaciones no tienen gran cosa. Él intenta animarme, yo intento que se largue. Al menos con él no me siento juzgado.

Fefo es un mulatito a viva voz no solamente amanerado, sino que homosexual confirmado. La única diferencia es que no es lo que algunos llaman «un maricón de carroza», término que define a aquellos homosexuales que exaltan sus atributos y sus formas para reafirmar su orientación, generalmente a través del escándalo —muy temidos por los grandes globos que inflan las personas más ordinarias—. Con un culo envidiado por cualquier mujer, un andar pausado y una voz fina, Fefo era el único que se mantenía al margen del juego de testículos que se barajaba dentro del destacamento en el Servicio Militar Obligatorio. Desde el primer día prefirió estar apartado del resto de los soldados. Su único conocido era yo, porque habíamos cursado los dos últimos años escolares juntos. Al principio, me daba vergüenza que me vieran con él. No quería equivocaciones. Si hablábamos, no me reía mucho —a no ser que no hubiera alguien cerca—, y adoptaba una pose lo más viril posible para la advertencia de todos. Pero cuando me contó lo que me contó, me empezó a dar un poco igual.

Cada mañana, al levantarse, antes de hacer ejercicios matutinos, había que tender la cama correctamente y estar preparado en tan solo cinco minutos, bajo pena de amonestación. A mis dieciocho años jamás había tendido una cama, mucho menos con las formas militares. Para mi cómodo despertar decidí dormir sobre la cama

tendida, con el uniforme puesto, de tal forma que en el «De pie» —orden que indicaba el inicio de la jornada, apoyada con un balón de oxígeno vacío siendo golpeado repetidas veces por un hierro hasta doler los oídos— solo me fuera necesario estirar la sábana. Lo hice unas cuantas noches. Pasé frío —no sé qué otra cosa esperaba de aquel campamento en el medio del monte donde estábamos—. Fefo, que casualmente dormía en la litera de arriba, me dijo que en las noches me escuchaba tiritar, y que durmiera tapado con la sábana —como hacía todo el mundo—, que al otro día él me tendería la cama. Acepté la oferta sin dudarlo.

Ante mi posible acusación mental de que alguien estableciera otro tipo de relación entre nosotros porque él me tendiera la cama, apareció la excusa de que, a las seis de la mañana, acabados de levantar, con el ajetreo y el teniente dando órdenes, nadie lo iba a notar. En efecto. Fefo se levantaba, tendía mi cama y luego la suya. Sin más. No pidió nada a cambio, ni empezó a hablarme de otra manera. Cero insinuaciones. Nada. A la semana aprendí a tender la cama yo solito porque me daba lástima con él. No era justo que, sin nada que me impida hacerlo por mí mismo, Fefo hiciera por mí la misma labor que hasta ese momento había hecho mi abuela —y siguió haciendo siempre que yo estuviera en casa—. Su acto incondicional me hizo tenerle aprecio —habíamos estado compartiendo por dos años el mismo grupo escolar, y jamás había sentido otra cosa por ese muchacho que no fuera el temor de que me digan maricón por andar con él—. El servicio militar era una especie de desarraigo voraz. En Fefo encontré un espacio en el que no tenía que protegerme. Eso me alivió un poco. Eso y lo que me contó.

Todos los machitos del destacamento, los de voz gruesa, los de yo he estado en tal y más cual pandilla, aquellos que en las duchas ponían cara de a quién me mire el culo le parto la cara, esos que, según ellos, le sacaron una navaja a fulanito en los carnavales porque le pisaron los zapatos blancos...; todos, sin excepción, habían estado con Fefo. Y solo llevábamos un mes en la unidad militar.

Las citas se daban en el patio trasero de la barraca, y como preservativos utilizaban las bolsas de plástico que antes contenían alguna chuchería recibida en la visita de los domingos, ya sea por sus queridas novias, sus madres o los padres delante de los cuales se mostraban como los verdaderos hombres que decían que eran. Cuando me enteré de esto no pude más que echarme a reír a carcajadas, y el sentimiento de ironía absurda se manifestó dentro de mí cada vez que cualquiera de ellos fanfarroneaba de su hombría. La realidad es que nadie se quedaba de escrotos cruzados a la hora de buscar la forma de vaciar el tanque de leche. Una de las burlas que se le puede hacer a un militar es decirle que en tiempos de guerra, cualquier hueco es trinchera. Y se ofendían, como si no fuera cierto.

Todos estábamos en ese juego. Yo no hice nada, pero porque temía que alguien se enterase. Pensaba que por mucha confianza que sintiera, igual que Fefo me lo estaba contando a mí, se lo podía contar a otra gente. Eso me aterraba. Para mis adentros me convencía de ser diferente al resto, ya que yo no presumía de ser superhombre, solo no quería estar en la lista de los menos hombres. Con eso me bastaba. Pero sí me masturbé en alguna ocasión pensando en el culo de Fefo —aquello parecía una potra; era un culo de mujer—, y sí reía los chistes de maricones de los superiores, o les prestaba absoluta atención cuando estos explicaban que había cuatro tipos de mujeres en orden creciente: la puta, la reputa, la enfermera y la militar. Al tiempo que reíamos, apuntábamos en nuestras libretas mentales todo lo que había que saber sobre cada una y cómo tratarlas. Ahí estaban ellos, esperando la oportunidad de contar a cuántas muchachitas se habían templado, se la habían metido hasta al fondo, las habían hecho suplicar por su pinga; pero sin decir a cuántos hombres.

Los tenientes funcionaban como un ascendente para la mayoría de nosotros. Eran el ejemplo a imitar. Supuestamente, estaba prohibido tener algún tipo de relación entre superior y soldado, sin embargo, los dos jefes se templaban a las únicas dos mujeres

del destacamento. Era una especie de secreto a voces, incluso para el jefe de la unidad militar. Las muchachas tenían sexo y luego se quedaban a dormir con ellos en sus cuartos de oficiales, lavaban sus uniformes, limpiaban sus botas y, cuando estábamos en formación, eran tratadas delante de todos nosotros peor que una mierda. Ellas mantenían la relación, nunca entendí por qué. Al ver que ellas seguían brindando su afecto incondicional a pesar de los maltratos, firmes a la causa, en nuestras notas poníamos un gran asterisco al apartado que tenía que ver con la mujer militar. Si de por sí se decía que a la mujer había que darle pinga y disgusto, pues a la mujer militar se le doblaba la dosis.

Cuando me enamoré de la teniente del segundo destacamento —una rubia con unos ojos azules difíciles de encontrar en Cuba—, me puse más cursi que en los tres años que llevaba escribiendo poemas de amor que casi nunca envié. Hice un ramo de flores silvestres que escondí bajo mi camisa —a expensas de que me llamaran la atención por no llevar correctamente el uniforme—, esperé que no hubiera nadie alrededor y me declaré cual príncipe encantador ante los pies de mi amada. Ella cogió el ramo. Miró hacia los lados. Mientras lo metía en la cesta de basura me iba recitando el código militar que impedía este y otro tipo de actos que pudieran amenazar la pirámide jerárquica. Con mi amigo Fefo me fui a llorar.

Esta vez no lloro delante de él. Espero a que se vaya. Siempre espero a su salida. Y, una vez que se va, no tengo ganas de llorar. Solo queda la sensación de que hace poco quise explotar. Igual ya lloré lo que iba a llorar, y punto. No sé. Me quedan dudas. Fefo es un buen amigo. Ojalá no venga nunca más.

Le he preguntado a Jota si recuerda cómo fue que comenzó todo. Tras diez años sin vernos, la pregunta ha sido el lugar común de un balde de agua fría. A mi madre no le ha hecho ninguna gracia que él venga. Fefo sí, Jota no. He pedido su visita, permitido su estancia en mi cuarto, como si fuera una audiencia gubernamental. También le he pedido que no diga a nadie que he vuelto. Ya habrá tiempo para recibir a las amigas malas lenguas. Como no me responde, le vuelvo a preguntar. ¿Cómo fue que comenzó todo?

Lleva ya dos minutos como si no entendiera la pregunta. Jota suele ser directo, así que supongo que en verdad no la entiende; o no le conviene entenderla, aunque eso tampoco tiene tanto sentido. ¿Sentido?

Su respuesta son unos recuerdos —que tampoco me llevan al principio—, que como otros tantos había borrado de mi cabeza —no hace mucho, creo—. Sin embargo, con cada relato mi reacción genuina es la de un adolescente al cual su madre le cuenta en público las barbaridades que hacía de pequeño: rostro de asombro y vergüenza sin conciencia, como si estuviera por arrepentirme de algo de lo cual no tenía el control absoluto. Mi cara debe ser la de aquella vez que di una perreta en pleno centro comercial, con tan solo un año de edad, porque quería que mami me comprara un caballito —constituido por un palo de madera y una cabeza equina de plástico incrustada en uno de sus extremos— que costaba cien pesos, en el momento en el que Cuba atravesaba una de las peores situaciones económicas, el gran llamado Período Especial, en el

cual no había ni dinero para comprar comida ni comida que se pudiera comprar con dinero. Mami dice que estuvo una hora aguantando la estridencia de mi llanto, con mucha paciencia, sin darme dos bofetadas para que me acabara de callar. ¡Qué buena es mami!

La diferencia entre lo que me relata Jota ahora y aquella anécdota, que mi madre suele repetir siempre que mi niñez viene a colación en las reuniones con sus amistades, es que cuando ella rememora en voz alta el suceso, yo debo ir a mi mente a buscar en los archivos la escena que me inventé la primera vez que escuché la historia, que no es recuerdo, pero tan arraigado como si lo fuera, y recrearla a la par de la voz de mi madre. Sin embargo, esta voz cómplice que es la de Jota me está recordando lo que debería ser un supuesto recuerdo; algo que viví con suficiente edad y relevancia para que pudiera provocar en mí un «¡Ah, sí!», más adecuado que el ejercicio sin memoria de ir creando las imágenes en mi cabeza como si nunca hubiese vivido aquello. Darle la sucesión y el sentido que me sugiere Jota, a la par que justificar a mi cerebro por su inminente tarea de desaparecer aquellos archivos de la carpeta de cositas para no olvidar. ¡Qué juego más turbio el de mi mente!

Al parecer, rondaba los siete años cuando todo sucedió. No estamos seguros. Mientras Jota habla las imágenes se crean y difuminan instantáneamente; me es prácticamente imposible valarme de recuerdos conservados, como si rememorara algo que no viví conscientemente. No obstante, una diferencia se mantiene indemne: los recuerdos de mi madre siempre me dejan expuesto al niño que todavía llevo dentro, con la sonrisa ingenua y el anhelo de aquel caballito de madera; las palabras de Jota resonando en mi cabeza solo traen consigo una risilla nerviosa, insegura de sí misma, y un miedo que a veces me parece atroz, el cual trato de disimular mientras le escucho.

La evocación más valiosa para mi propósito, de todas las que mencionó Jota, es aquella única vez en la que fuimos sorprendidos. Tendríamos Daniel y yo unos seis o siete años, y Jota dos años mayor que ambos. A pesar de ser el enano del grupo, el más bajito,

Jota contaba con la arrogancia y la supremacía necesaria para que el resto de los niños a su alrededor fueran simples corderos que estaban con él o contra él, sin tintes grises, y sabía hacerse querer tanto como hacerse servir. Era algo innato. Una especie de adoración se cernía alrededor de sí. Daniel y yo, los apasionados del pequeño líder, solíamos frecuentar su apartamento en el sexto piso de forma tan asidua, que su madre y su padrastro optaron por expulsarnos a viva voz siempre que fuera necesario, sin miramientos o posibles malinterpretaciones, de lo obstinados que estaban.

Aquella tarde nos encontrábamos los tres a solas en la casa. Sin saber de qué manera —Jota no lo recuerda del todo, yo me valgo de su recuerdo y Daniel actualmente no existe en nuestras vidas—, empezamos a sacar nuestros pequeños penes, a ver sus formas y colores, las tonalidades, las diferencias, los olores... ¿Qué son esas cosas blancas? Eso es fana. ¿Fana? Sí, a eso se le llama fana. ¿Pero es churre? ¿Es sucio? Es como una especie de sucio, pero no es sucio sucio. Como sale en la cabeza de la pinga no es nada malo. Hay un amigo mío que le cortaron un pedacito de piel del rabo para que no le salga eso. Dicen que así está más limpio. ¡Eso debe doler con *cojone!* Se me está poniendo dura. A mí también. ¿Apagamos la luz? Vamos a ponernos uno arriba del otro, ¡como hacemos cuando jugamos en el parque a la pilita! Pero yo voy arriba del todo, ¡si no, no!

Nos quitamos los pantaloncillos para estar más cómodos. Yo fui el primero en acostarme boca abajo en la cama. Jota quería estar encima de Daniel porque habían crecido juntos, eran los mejores amigos. Yo había llegado de último a la tropa. No tenía derecho a opinar sobre si quería estar debajo de él o no. Daniel se acostó sobre mí. Jota se colocó sobre Daniel. Como el juego de la pilita, donde todos se tiraban sobre todos formando una gran bola humana en el piso, solo que esta vez era todo muy organizado: cada uno con su cadera sobre la cadera del otro. Nos empezamos a reír. Había que mantener el equilibrio. Constantemente nos íbamos hacia los lados en la cama de Jota, una colchoneta estrecha y pequeña

que estaba apostada contra la pared. Luego de cinco minutos no supimos qué más hacer, pero nos quedamos ahí.

¿Ustedes sienten algo? El silencio, respuesta acertada de la pregunta que uno dijo pero que los tres pensábamos, fue interrumpido por el ruido del llavín que se abría. ¡Mi padrastro!, dijo Jota en un susurro mientras se lanzaba de la montaña que habíamos construido rumbo a su pantaloncillo. Con igual susto, Daniel y yo nos apresuramos a salir de la cama al tiempo que me dio por cerrar la puerta para no ser sorprendidos desnudos. Con la puerta cerrada y la luz apagada se hizo más difícil la faena de vestirse rápido. Este no es mi calzoncillo. Ponte el pantaloncillo así mismo. ¿Cómo me voy a poner el pantalón sin calzoncillo? ¡Coge tu calzoncillo!

Con las prendas mayores a media asta se hizo la luz dentro del cuarto. La cara del padrastro de Jota, de por sí malhumorada en su cotidianidad, me la imagino ofendida; como si fuera a él a quien acaban de agarrar medio desnudo con otras personas de su mismo sexo, en una habitación pequeña con la luz apagada y la cama destendida. Todo se me muestra en forma de imágenes entrecortadas a la vez que escucho la voz seca de Jota contar.

No recuerdo qué pasó con exactitud. Tengo flashazos de los cuales desconfío. Jota tampoco lo recuerda del todo, al cien por cien, pero tiene mucha más información que yo. Sí recuerdo que Alberto —ahora me viene a la memoria—, tras decir lo que sea que dijo, cerró la puerta. Entonces nos miramos. Mi pantaloncillo estaba completamente al revés. Jota, el más blanco de todos, tenía el cuello y las mejillas de un rojo esparcido. Daniel no quitaba la vista de Jota, preocupado por lo que fuera a pasar. Recuerdo decir alguna estupidez... justificadora, evasiva. ¡Cuando abrió la puerta yo ya lo tenía así! Bajé la parte superior de mi pantaloncillo dos centímetros y lo volví a subir repetidas veces, para convencerme y convencerlos de que a mí no me había agarrado sin la ropa puesta. La cara de mis amigos no era menos absurda que mi defensa.

Daniel y yo, al salir del apartamento de Jota, nos metimos en uno de los *closets* de limpieza del pasillo para corregir nuestras ves-

timentas. Luego cada uno cogió por las escaleras hacia su respectiva planta del edificio: él hacia arriba, yo hacia abajo. No dijimos palabra alguna, ni antes ni al separarnos. Ambos dejamos de ir a casa de Jota por un tiempo. Al menos eso creo. Sería lo más lógico. Jota no recuerda. Supongo que Daniel y yo sentimos vergüenza, pavor más bien. Alberto era un poco temido por nosotros. Supongo mucho porque recuerdo poco. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuvimos sin volverle a visitar en su cuarto como tal. Pero hacerlo debimos haberlo hecho, porque cuando uno es niño la vergüenza dura poco. Y porque el resto de las discusiones, juegos y risas que recuerdo de la infancia, la mayoría, fueron en ese cuarto.

No tengo certeza de que este haya sido el principio —aunque luce como tal—, ni puedo establecer cuánto tiempo pasó desde que conocí a Jota y a Daniel hasta que fuimos sorprendidos aquella vez. Luego debe haber empezado todo. Sí, recuerdo con exactitud el día en que los conocí.

